
XY: la invención de la masculinidad

El conjunto de procesos conceptuales que se originan en la diferencia sexual parece ser mucho más que un capricho de las culturas para determinar las características de los individuos humanos, a partir de un patrón general y único de identificación que organiza desde las actividades prácticas hasta los valores de las comunidades.

Aunque el feminismo ha demostrado que ese patrón no es uniforme ni incontestable, tenemos evidencia suficiente para saber que se presenta en todas las sociedades y que su arraigo en las mentalidades no es superficial o puramente ideológico. La diferencia sexual no es tan sólo un principio de clasificación, sino uno de los fundamentos de nuestra visión del mundo y, por lo tanto, un componente radical del lenguaje y del inconsciente.

De ahí las dificultades y las resistencias con que vamos a toparnos en todos los procesos de cambio voluntario, en todas las propuestas educativas que persiguen la implantación de formas de vida más equitativas y menos injustas

entre hombres y mujeres. De ahí también la necesidad de conocer los mecanismos profundos de conceptualización, de ahí la urgencia de indagar la esencia misma del lenguaje para avanzar en el análisis de las consecuencias que cada cosmovisión diferencialmente sexuada acarrea para las vivencias específicas de las personas reales.

En XY, Elisabeth Badinter lleva a cabo un examen bastante compendioso de los usos y costumbres de la masculinidad a lo largo de la historia y a lo ancho de la geografía. El punto de arranque es la dotación genética (los cromosomas "x" e "y", donde hemos localizado el principio biológico de la diferenciación), pero son, sobre todo, los datos antropológicos hacia los que la reflexión avanza, los que resultan aquí de una enorme utilidad.

Estos datos nos permiten comprobar precisamente que, si bien la diferenciación sexual es una constante en todas las culturas, la estructuración de la diferencia obedece a variaciones inquietantes; y, sin embargo, esa estructuración está sostenida en un mecanismo conceptual idéntico, en un pensamiento negativo que construye siempre la misma ecuación: un hombre no es igual a una mujer; un hombre es lo que una mujer no es.

A pesar de que el mito de las Amazonas habla de una organización exclusiva y excluyentemente femenina, lo cierto es que no existe ninguna institución humana conformada sólo por mujeres; inclusive los claustros religiosos donde se aísla y se encierra a comunidades de mujeres, deben someterse a la autoridad superior de algún o algunos varones.

En cambio, han existido y existen incontables instituciones exclusiva y excluyentemente masculinas. Espacios donde la sola presencia de una mujer se ha considerado nefasta. Todavía durante el siglo pasado, muchas universidades no podían ser ni siquiera visitadas por mujeres. Los ejércitos, hasta hace muy poco, sólo permitían el ingreso de varones en todos sus niveles, incluso los administrativos. Y todavía está vigente la creencia de que las mujeres no deben abordar ciertos barcos. Por no hablar ni de las comunidades monásticas ni del béisbol.

Las comunidades excluyentes pueden proporcionarnos una clave para entender esa construcción discursiva, social, cultural e histórica a la que llamamos "la masculinidad". Esa construcción tan contradictoria, tan variable, tan imperiosa. Lo primero que aprendemos de la masculinidad es que no se trata —como tal vez podría tratarse

de su contrario y complemento, la feminidad— de un hecho derivado de la naturaleza, de la biología, de los atributos corporales relacionados con cierta configuración de los genitales.

En efecto, la masculinidad "se adquiere", "se aprende", "se gana". Antes de estar definida por valores positivos —fuerza, valentía, destrezas manuales, acceso al conocimiento, camaradería. . . — se define por oponerse a la feminidad. Si las mujeres —ligadas a la naturaleza, al imperio del cuerpo, a las características de la biología— "somos" mujeres de manera más o menos espontánea, y las frases que se refieren al "hacerse mujer" tienen que ver más bien con el accidente fisiológico de la pérdida de la virginidad, que con una voluntad de pertenecer "con todo derecho" al "bello sexo", los varones tienen que trabajar en su acceso a la masculinidad; tienen que ser iniciados en sus secretos —inaccesibles para las mujeres— y tienen que pasar por periodos de prueba, de preparación, de duro entrenamiento, para poder considerarse "verdaderos hombres".

Por eso son tan importantes las instituciones sociales encargadas de retirar a los niños y a los jóvenes del mundo femenino; es en ellas donde se les enseña a ser hombres con métodos más o menos peligrosos, violentos o aterradores:

desde los campamentos de los *boy scouts* hasta las novatadas en las escuelas e internados para varones; desde la milicia hasta los entrenamientos deportivos.

Insistamos en este punto: lo que más llama la atención de este aprendizaje de la masculinidad es que no se lleve a cabo a partir de contenidos comunes. El testimonio de la antropología nos permite ver una amplísima gama de instituciones iniciáticas cuyas costumbres pueden ir desde la felación ritual hasta el entrenamiento para el uso de las más modernas armas. La constante, entonces, de este ingreso al "mundo varonil" no se establece a partir de una definición positiva, sino de un planteamiento negativo: sabemos lo que es masculino a partir de *lo que no lo es*.

Por lo tanto, el aprendizaje de "la verdadera hombría" tiene que ser, sobre todo, un alejamiento radical de lo que no es hombría, de lo no masculino. Según Elisabeth Badinter, la constante que se puede seguir en prácticamente todos los rituales de masculinización es esta definición negativa, y la negación de todo aquello que vincule a los varones con la feminidad.

Tal feminidad negada se integra en tres puntos de referencia sobre todo simbólicos: la madre, la mujer y el homosexual. Como referentes inmediatos, los tres personajes de este nacimiento conflictivo

del varón van a dar la pauta de su valorización, del lugar también simbólico que ocupará, a partir de su asunción plena de la hombría, entre sus iguales.

El primer paso es la negación de la madre. La separación incluso, en algunas culturas, territorial, de los espacios que corresponden a la infancia y por lo tanto a la madre, y aquellos que le están para siempre vedados. La madre, sobre todo al comienzo de la adolescencia, se considera un obstáculo para la asunción de la virilidad. Los muchachos son entonces arrancados de los brazos de sus madres y sufren esta separación con todo el dolor que semejante violencia amerita. Las diferentes culturas pueden interpretar la separación de maneras distintas, pero todas consideran que el "endurecimiento" —en el doble sentido que el enunciado "virilidad" soporta— de los jóvenes sólo se consigue cuando se integran a un mundo de valores opuestos, contrastantes, contradictorios a los de la feminidad. De ahí el culto de la muerte, del riesgo, por oposición a los afanes conservadores de la vida que se lleva en el vientre y se protege en la cuna.

El segundo paso es el aprendizaje del desprecio a las mujeres. Los novicios encuentran en ese nuevo universo de "los valientes"

que sus cualidades ganadas a pulso sólo pueden ser apreciadas en contraste con las cualidades "espontáneas y naturales" de las mujeres. Los muchachos aprenden entonces que "ellos son mejores", que por el solo hecho de ser hombres —pero recordemos que "ser hombres" es precisamente una posición que se gana, que se adquiere, por la que se sufre y se lucha— son superiores y tienen el derecho de mandar, de imponerse, de ser servidos. El premio de este ingreso al mundo donde se arriesga la vida es el de poseer en propiedad a quienes llevan en su seno la semilla de vida.

El tercer paso es el odio a los homosexuales. A pesar de que suele manejarse como una serie de cualidades relacionadas con el cuerpo como entidad biológica (y por lo tanto con las hormonas, los genitales, la configuración fisiológica, en fin), la virilidad es sobre todo una conducta. La homofobia vendría a

complementar de manera definitiva la definición de masculinidad al segregar, violentar y señalar a quienes, no obstante cuentan con las características del cuerpo viril, de alguna manera renuncian a su investidura simbólica.

Como esta tercera referencia también es completamente negativa, las diferencias específicas entre una conducta varonil y una homosexual varían y se relativizan de cultura en cultura. La constante, otra vez, es el desprecio de los valores que se identifican con lo femenino, valores de pacificación, conservación de la vida, obediencia a los sentimientos, flexibilidad, adaptabilidad al contexto, etcétera.

Hortensia Moreno

Elisabeth Badinter, *X Y. La identidad masculina*, Alianza Editorial, Madrid, 1993, trad. de Monserrat Casals, 254 pp.